

Markus Gabriel, Christoph Horn, Anna Katsman, Wilhelm Krull, Anna Luisa Lippold, Corine Pelluchon, Ingo Venzke, *Towards a New Enlightenment – The Case for Future Oriented Humanities*, colección: THE NEW INSTITUTE-Interventions Núm. 1, Bielefeld: Transcript, 2022

OLIVER KOZLAREK

Facultad de Filosofía “Dr. Samuel Ramos Magaña”
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Un pequeño libro redactado por un colectivo de autores y autoras (Markus Gabriel, Christoph Horn, Anna Katsman, Wilhelm Krull, Anna Luisa Lippold, Corine Pelluchon, Ingo Venzke) agita con entusiasmo las banderas de una “nueva Ilustración” y de las “humanidades orientadas hacia el futuro”. En este contexto, no debe dejar de mencionarse que el pequeño libro es el primero de una colección de libros de un nuevo instituto de investigación con el nombre de “THE NEW INSTITUTE” (mayúsculas en el original).

Entonces, ¿qué nos dice el libro de la “nueva Ilustración” y de las “humanidades orientadas hacia el futuro”? El primer capítulo aborda el tema de la multi, inter o transdisciplinariedad. Los autores parecen conceder gran importancia a la vinculación (*recouple*, dicen) de las humanidades con las ciencias sociales. La combinación de diferentes disciplinas se justifica por el hecho de que hoy nos encontramos en sociedades amenazadas por diferentes “crisis”. Como deja claro la palabra “crisis” los autores del libro han de pensar que vivimos en un punto de inflexión crucial en el que se trata de todo o nada, de vida o muerte.

De ahí surge la urgencia de “intervenir”. (La palabra “intervenciones” aparece en el título de la colección: “THE NEW INSTITUTE-Interventions”). Cabe preguntar, sin embargo, ¿en qué? Por muy justificados que sean los diagnósticos de las respectivas crisis (la crisis ecológica, diferentes crisis económicas, una nueva crisis geopolítica y energética, una crisis

migratoria, etc.; p. 11) y por muy loables que sean las ambiciones de hacer algo para solucionarlas, es importante preguntar *cómo* un instituto de humanidades o ciencias sociales que no se dedica a la docencia pretende intervenir y en qué.

Lo que sí revelan los ilustres autores del THE NEW INSTITUTE es el objetivo de sus “intervenciones”: se trata de ni más ni menos que el “cambio sistemático de nuestras representaciones de valores” para, de esta manera, corregir “falsas autoconcepciones” (p. 13). Estas son ciertamente palabras mayores que suscitan una serie de preguntas adicionales: ¿cuáles serían la “representaciones de los valores” y las “autoconcepciones falsas”? Pero también: ¿cuáles serían los criterios que permiten distinguir las “representaciones de valores” correctas o deseables de las supuestamente falsas? Uno no tiene que suscribirse a una posición relativista cultural para pensar en una serie de problemas relacionados con todo tipo de pretensiones de determinar lo que es bueno para todos.

Uno de estos problemas tiene que ver justamente con la pregunta por el papel de las humanidades. El libro parece sugerir utilizar a las humanidades “para desarrollar herramientas conceptuales que puedan contribuir a una nueva ‘visión del Bien’” (p. 15). Pero, ¿están las humanidades o las ciencias sociales facultadas para desarrollar estas “visiones”? ¿No deberíamos considerar a las humanidades más bien en un sentido más modesto como prácticas de investigación que vislumbran y analizan a los procesos generadores de las “visiones del Bien”? En este contexto habrá que recordar también que en la actualidad las humanidades en su calidad de espacios culturales se encuentran en una situación difícil y que deben competir con ofertas culturales con mayor influencia, también sobre las élites. Éstas ya no se educan de acuerdo con los cánones de una cultura humanista que encontraba precisamente en las humanidades un centro de autoconfirmación, sino que se han convertido en productos de una “cultura superficial” (Theodor W. Adorno hablaba de “Halbbildung”) que se esfuerza por aniquilar los espacios culturales libres de manera sistemática.

Y, por último, hay que recordar que las orientaciones normativas se generan en y a través de las luchas sociales y culturales y no a partir de

institutos de investigación humanística. ¿Cuál sería entonces la relación de la “nueva Ilustración” de THE NEW INSTITUTE con estas luchas sociales y culturales, es decir: con las prácticas “pre-teóricas”? ¿Cuál sería su compromiso con estos procesos de construcción de sentido?

Parece que las autoras y los autores del libro cancelan en su propuesta para las “humanidades del futuro” justamente el trabajo de las humanidades y las ciencias sociales y que optan por una suerte de atajo filosófico. La lectura del tercer capítulo apoya esta sospecha. El capítulo sugiere tener un solo objetivo, a saber: señalar que las humanidades se deben entender sobre todo como “formas de investigación basadas en valores” (p. 23). Pero no aprendemos nada acerca de cómo impacta esto sobre la investigación humanística y científica social. Lo único que parece interesarles a nuestros autores y autoras es que los valores se arraigan como “hechos morales” objetivos en la naturaleza humana (p. 27).

Dos de las tradiciones filosóficas a las que recurre el texto de manera muy puntual es el “realismo moral” y el “constructivismo moral”. Sobre todo, el “realismo moral” cumple una tarea central en el libro: “Una forma dinámica de realismo moral es un enfoque fructífero para lograr un equilibrio entre universalismo e historicidad que está en el corazón de una nueva Ilustración. Implica que existen hechos morales relativos a acciones obligatorias (buenas), neutras y malas, que los enunciados morales describen y cuya existencia y naturaleza son en parte independientes de las creencias de las personas que los expresan. Estos hechos morales proporcionan pautas para saber qué hacer y qué prohibir” (p. 31).

Esta manera de comprender a la Ilustración “nueva” se distinguiría radicalmente de versiones anteriores que se destacan más bien por poner el énfasis sobre la creación de espacios de autonomía y emancipación y no por el afán de determinar reglas para la vida humana que se justifican en última instancia en alguna suerte de “hechos morales” objetivos revelados por un conjunto de intelectuales privilegiados.

Regresando a la pregunta por la función y la tarea de las humanidades y las ciencias sociales cabe destacar que ésta debe hacer visible e investigar sobre los múltiples y complejos procesos sociales y culturales en y a través de los cuales se actualizan, concretizan o renuevan las repre-

sentaciones normativas que, en última instancia, influyen sobre el pensamiento y la acción de las personas. Esto no significa que estas ciencias deben mantener una actitud meramente pasiva ante estos procesos. Más bien pueden y deben “intervenir” en estos procesos, pero justamente no con la convicción de tener alguna suerte de acceso privilegiado a las arcas de los “valores verdaderos”, sino en el sentido de llamar la atención sobre el carácter conflictual y procesual de las condiciones normativas en las sociedades modernas.

El libro aquí presentado, sin embargo, ignora estos compromisos de las ciencias sociales y las humanidades. No responde a preguntas esenciales: ¿cómo podemos entender el camino de los valores arraigados en la condición humana en la superficie de lo que las personas piensan y hacen en sus vidas concretas? Dicho de otra manera: ¿cómo ‘migran’ los valores “antropogénicos” hacia las prácticas sociales y culturales concretas? Estas son preguntas en las que las humanidades y las ciencias sociales se deben centrar y no en revelar el supuesto significado único posible de los valores últimos. Enfatizar justamente este contraste marcaría la diferencia entre las ciencias sociales y humanidades orientadas en un compromiso ilustrado y la ideología.

Pero parece que los autores del pequeño libro con las grandes ambiciones no tienen ningún reparo en apelar no solamente de manera apodíctica a valores “reales” o “verdaderos”, sino también a las instancias políticas y sobre todo al Estado para imponerlos. Así declaran, por ejemplo, la “protección de la biosfera y la justicia hacia otros seres vivos y las generaciones futuras” como los “nuevos deberes del Estado” (p. 35). ¿En qué tipo de estado están pensando? Y, ¿cómo conecta esta apelación a la autoridad política, que es siempre en última instancia una autoridad anclada en la violencia, con un proyecto de una Ilustración nueva?

Quizás, el esperado capítulo seis con el título esperanzador “Towards a New Enlightenment” (Hacia una nueva Ilustración) ayuda a entender mejor. ¿Cuál es, entonces, la novedad de la nueva Ilustración? Cualquier respuesta a esta pregunta tendría que explicar antes que nada en qué consiste la “antigua” Ilustración. Sin embargo, las referencias a esta Ilustración son escasas y se reducen a algunos de los clichés poscolonialistas que

abundan en los debates actuales. De acuerdo con éstos, la Ilustración se basaba en “falsos universalismos” que sólo servían “para imponer un estilo de vida hegemónico a otras culturas” (p. 52). ¿Acaso el pensamiento de la Ilustración no proporcionaba ideas importantes a un número asombroso de movimientos de liberación también en el mundo colonial? Además: ¿es un “falso universalismo” afirmar que todos los seres humanos deben entenderse siempre sólo como “fines” y no como “medios”? En lugar de debatir estas cuestiones –por cierto, no tan nuevas– el colectivo de autores afirma una vez más que todo debe ser nuevo: “En la crítica situación actual, se ha generalizado la demanda de una Nueva Ilustración que no se limite a prolongar los proyectos de la Ilustración europea de los siglos XVII y XVIII” (p. 50). Pero, ¿por qué no se puede prolongar el proyecto de la Ilustración antigua o clásica? ¿No es posible enlazar con ella justamente desde una perspectiva de los problemas actuales antes mencionados? Esto, ciertamente, supondría que también tendríamos que ocuparnos de ella, discutirla con más detalle, lo que el libro inexplicablemente evita.

La deficiencia más profunda del libro es que después de tantos anuncios de lo nuevo, no presenta nada realmente nuevo. Al final, se endurece la impresión de que el deseo de novedad va muy por delante de la capacidad de producirla realmente. Ni la referencia al “realismo moral” ni al “constructivismo moral” de Christine Korsgaard pueden considerarse realmente nuevos. Tampoco el reclamo de tener acceso a los “verdaderos” valores en combinación con una exigencia de una política que justifica su autoridad en estos valores es nuevo.

Por mi parte, sugiero no desechar precipitadamente la “vieja” Ilustración, sino tratar de comprenderla y procurar completar las promesas inconclusas de ella. Las ciencias sociales y las humanidades pueden jugar un papel importante en este proceso. Pero no como dispositivos que revelan los verdaderos valores, justificando políticas autoritarias de tutelaje, sino para abrir espacios del pensamiento y deliberación libres y, de esta manera, alimentar el pensamiento crítico.

Parafraseando a Sheldon S. Wolin podemos decir que los reclamos del cambio y de lo nuevo que dominan ciertamente en los debates políticos actuales podrían ser en última instancia los cómplices más leales

de aquellos que procuran mantener y fortalecer las estructuras del poder existente y que se resisten al surgimiento de algo verdaderamente nuevo (véase: Wolin 2008).

Referencia

WOLIN, Sheldon S. (2008), *Democracy Incorporated. Managed Democracy and the Specter of Inverted Totalitarianism*, Princeton/Oxford: Princeton University Press.